

LA SITUACIÓN ACTUAL DEL PROBLEMA DE LOS INCENDIOS FORESTALES EN ESPAÑA

Mariano Torre Antón

Servicio Territorial de la Consejería de Medio Ambiente de la Junta de Castilla y León. Avenida de Peregrinos s/n. 24071-LEÓN (España). Correo electrónico: TorAntMa@jcy.es

Resumen

Se analiza la situación actual de los incendios forestales en España, desde un análisis diferente de la causalidad del que se deduce con nitidez que el problema de los incendios se fundamenta en el uso tradicional del fuego para manejo de la vegetación. La gran carga de matorral de nuestro actual paisaje en el que predomina el arbolado joven insertado a menudo en una matriz de matorral, propicia no solo el mantenimiento de esta práctica ancestral sino los incendios catastróficos, por lo que es imprescindible acometer un plan de mejora estructural de la vegetación a una escala suficiente para influir en los dos aspectos. La historia del último siglo muestra que el problema de los incendios ha sido superado en las comarcas donde la gestión forestal ha logrado que el bosque sea social y económicamente relevante, por lo que se requiere profundizar en esta dirección redistribuyendo los enormes fondos gastados cada año en dispositivos de extinción que además de ser muy onerosos no son los idóneos para enfrentarse a los grandes incendios, cuya probabilidad de convertirse en catastróficos es creciente. Por tanto se requiere una revisión en profundidad de las políticas de lucha contra incendios en la que la idea guía sea la integración de la extinción en las labores preventivas de gestión forestal y un programa de gestión forestal que tenga como objetivo inmediato la disminución de la enorme combustibilidad de nuestra vegetación y como objetivo a medio plazo la valoración del bosque por la población rural.

Palabras clave: *Causas, Estructura de la vegetación, Prevención, Estrategia Nacional contra incendios forestales*

EL PROBLEMA ACTUAL. MUCHOS INCENDIOS, CADA VEZ MÁS PELIGROSOS

A partir de los análisis del Ministerio de Medio Ambiente (MIMAM 2006), se ve que el número de incendios parece estar estabilizado entorno a 22.000 incendios año desde 1995 y aunque ha alcanzado picos de 25.000 en años muy secos 2005. Hasta ese momento mostraba una tendencia creciente desde los 17.500 de la década de los 90 o los 10.000 de los 80. Los últimos tres años han sido claramente mejores pero las condiciones climáticas también, por lo

que es prematuro todavía pretender un cambio de tendencia a la espera del comportamiento ante años secos.

La superficie afectada ha disminuido claramente. La superficie arbolada se ha reducido a la tercera parte de la década anterior, a partir de 1995, como consecuencia clara del enorme rearme de los operativos de extinción.

Los grandes incendios mayores de 500 has han sido 253 (de un total de 206.952), es decir el 0,112%) en la década 1996-2005. Estos pocos incendios acumulan la mitad de la superficie arbolada quemada el 47,78%. Es decir: el 0,1% de los incendios producen el 50% del daño.

Los incendios catastróficos son cada vez más el centro de la percepción social del problema. El año 1994 fue pavoroso con 20 incendios de más de 10.000 has y marcó el cambio de los operativos de incendios. A pesar de la mejora de su capacidad, en la década 1996-2005 casi cada año hubo un incendio catastrófico. Los más destacables fueron el incendio de Barcelona-Lérida de 1998 con 17.600 has. En 2003, Valencia de Alcántara con 13.700 o Pinofranqueado con 9.077 has (Extremadura). En 2004 el gran incendio de Huelva-Sevilla con 29.800 has. En 2005 Guadalajara con 12.732 y Cáceres (Cañamero) con 9.916 has, sin olvidar el año 2006 en Galicia o 2007 los dos enormes incendios de Las Palmas y Tenerife con 35.493 cada uno, en Canarias.

No es aventurado decir que cada año una comunidad autónoma sufre un incendio catastrófico de enormes consecuencias ambientales y económicas pero todavía mucho más graves desde el punto de vista social. No sólo por el trauma inmediato sino por las medidas de orden político que se que se toman a consecuencia de la crisis. En ambos casos acordes con una sociedad que no entiende apenas nada del problema

de los incendios forestales ni de lo que conlleva un operativo de extinción.

Si las actuales predicciones sobre aumentos de temperatura y disminución de la precipitación se cumplen, la tendencia actual a empeorar se acelerará.

Los análisis comparativos de la gravedad del problema, más que ayudar a su comprensión la han dificultado. Hay dos factores que han influido en esta dirección. El primero es la utilización de cifras absolutas. Cuando en los medios de comunicación se dan cifras, nunca son relativas a la superficie y por tanto el problema aparece como grave en CCAA grandes mientras se disimula en las pequeñas. El caso de Asturias es un buen ejemplo. Nadie piensa que esta comunidad tenga un problema de incendios y sin embargo se parece en buena medida a Galicia en cuanto a daños relativos (Figura 1), aunque con la mitad de incendios (en cifras relativas a superficie). Se diferencia de Galicia en que tiene veranos más húmedos y suelos con mayor capacidad de retención de agua y por tanto vegetación menos dispuesta a arder, aunque mayores pendientes que dificultan la extinción; también tiene un modelo de operativo diferente.

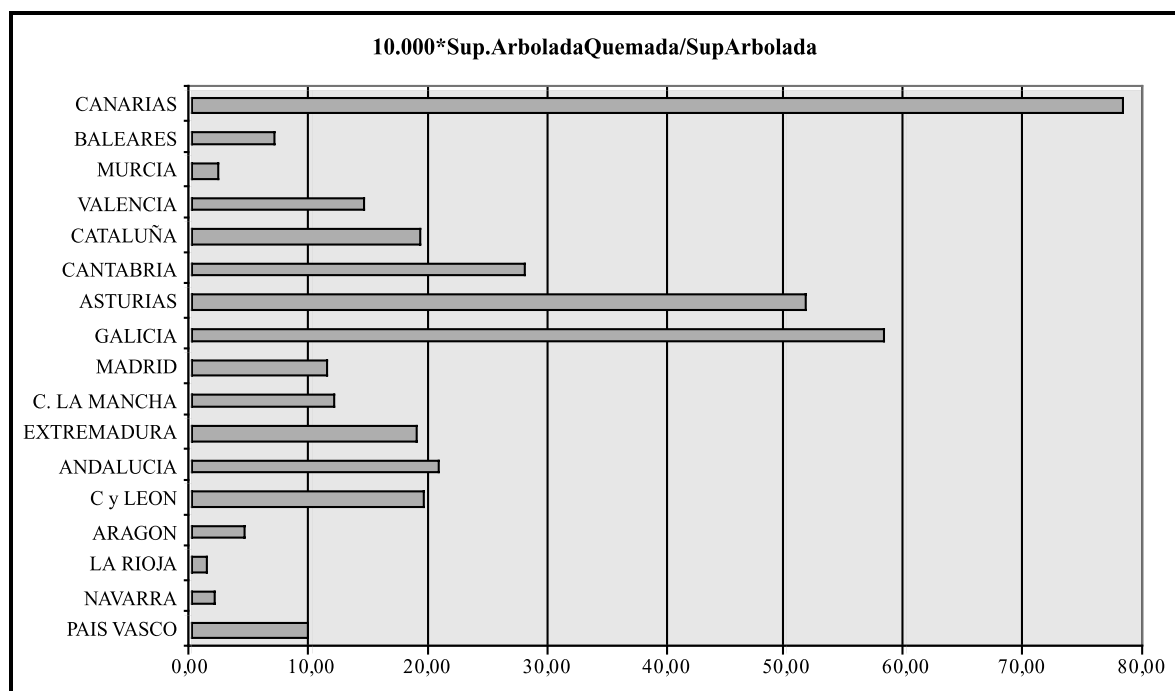


Figura 1. Índice de agresividad. Proporción de la superficie arbolada que se quema anualmente. Gráfica elaborada con datos oficiales de incendios (MIMAM 2006) y IFN3. Nota: las cifras de Andalucía están sobreestimadas pues no se cuenta con datos del IFN3

El segundo factor es que la base territorial del análisis no es geográfica ni social sino política. Se analiza por comunidades autónomas cuando el problema no tiene una relación clara ni se reduce a esa escala. Ni siquiera a la provincial aunque es más aproximada, ya que, al menos, los operativos suelen tener una escala básica provincial. El ámbito territorial correcto se acerca más a la comarca. En provincias conflictivas como León, por ejemplo, existe una enorme diferencia entre comarcas; las comarcas occidentales de la mitad Oeste de la provincia constituyen más del 90% del problema provincial.

Sin embargo la escala provincial es suficientemente esclarecedora y es la utilizada por los institutos de investigación como el JRC de la Unión Europea. En la Península Ibérica, las provincias de centro y norte de Portugal y las de Galicia son los territorios más afectados. En una escala menor, pero notable, aparecen en las estadísticas las provincias colindantes: Huelva, Badajoz, Cáceres, Salamanca, Zamora, León, Asturias y Cantabria. Estos territorios acumulan más del 90% de los incendios de la península.

Esta concentración debe responder a alguna lógica, cuyo hallazgo puede ser útil de cara a dirigir las acciones de respuesta.

LAS CAUSAS. UN ANÁLISIS INSUFICIENTE

Tenemos una base estadística muy sólida para saber cual es la causa de los incendios, pero no hemos sabido analizarla. En vez de buscar el motivo por el que una persona acaba produciendo un incendio forestal, el primer análisis y más utilizado de los datos del EGIF tiene un sentido moral: nos dice si hay intención, si hay negligencia, si el incendio es accidental o proviene del acto de un loco. Y tres décadas presentando los datos de esta manera, sin profundizar mucho más, no ha servido para impedir que la sociedad española siga repitiendo tópicos infundados sin saber cual es el fondo de la cuestión.

Un fuego que realiza un pastor, para regenerar pasto quemando el matorral que ha invadido, cabe en cualquiera de las categorías: si lo hace a escondidas y con cierta complejidad (mechas, lugar de inicio peligroso, varios puntos de

fuego, nocturnidad...) podemos clasificarlo como intencionado, si nos convence de que quemaba sólo con la intención de quemar una pequeña superficie y no era un día peligroso seguramente lo clasificaremos como negligencia y si había puesto cuidado rozando primero y después acumulando en montones será accidental ya que se le ha escapado. Si además el incendiario es una persona solitaria, huraña o en el límite de normalidad psicológica tendremos el pirómano. Pero en el fondo hay matorral que se quiere eliminar y hay una manera tradicional de realizarlo: prenderle fuego.

Esto se ve claramente cuando en un segundo nivel de análisis vemos que la motivación que el EGIF refleja detrás de los incendios intencionados es clara. Si sumamos, quema para pastos, quema agrícola ilegal abandonada y caza tenemos el 78% (MIMAM, 2006). En los tres casos se quiere manejar la vegetación con fuego.

Lo mismo pasa con las demás categorías: de 2.645 incendios por negligencias y accidentes durante el año 2007 (MIMAM, 2007) 1872 son por quema de pastos, quema de matorral y quema de restos agrícolas. Es decir el 71%.

El resto de las motivaciones tiene una participación muy baja y excepto los accidentes puros (tren, líneas eléctricas...) se dan geográficamente donde se dan las anteriores. Por ejemplo en Soria, Segovia o Palencia apenas hay "accidentes" que sin embargo son abundantes en los lugares donde son frecuentes los otros tipos de incendios.

Llama poderosamente la atención que las causas repetidas por los "analistas ambientales" desde mediados de los años 80 (ADENA 1989), tales como la reacción contra las repoblaciones paradigmas de una nefasta política forestal franquista, negocio con madera quemada o cambio de uso (recalificaciones), constituyen respectivamente 0,21%; 0,17% o 0,68% de los incendios intencionados.

La conclusión es clara: alrededor del 75% de los incendios conocidos, y conocemos más porcentaje de la población que en el muestreo más intenso, tiene el mismo origen: uso rural del fuego para manejo de vegetación. La causa de los incendios forestales es, en su parte esencial, la utilización del fuego como herramienta de manejo del territorio.

A la misma conclusión se llega desde otras formas de análisis no estadísticas, como las referencias históricas escritas, que son numerosas y lo confirman desde antiguo. También lo atestiguan concluyentemente las Brigadas de Investigación de Incendios Forestales que han puesto en marcha casi todas las administraciones regionales españolas. Por si fuera poco, el paisaje de muchas comarcas no se puede entender sin la importante presencia histórica del fuego y en concreto el del noroeste sin altas frecuencias de quema. La prueba del uso intensivo de esta herramienta, es que el paisaje Occidental de la península está dominado por formaciones que dependen estrechamente del mantenimiento de altas frecuencias de fuego como los brezales rojos. En algunas comarcas occidentales la frecuencia de quema de algunas laderas ha llegado a 5 años.

El análisis de la última década en Castilla y León tampoco deja lugar a duda. La motivación causal de cerca del 75% de los incendios forestales, en nuestra región, tiene un origen agroganadero. Este porcentaje es sensiblemente parecido en cualquier comunidad autónoma.

Ante los abrumadores resultados del análisis de los datos cabe preguntarse para qué se usa el fuego en el medio rural. La costumbre secular de controlar el matorral con fuego, que tiene un claro origen ganadero, ha impregnado todos los usos agrarios en las comunidades rurales y los años de periodo estival seco largo, se aprovechan

para ello. En la provincia de León por ejemplo y principalmente en su zona oeste se emplea el fuego como herramienta ganadera para regenerar pastos, agricultura (limpieza de linderos, restos de cosechas), caza (abrir zonas de tiro, de pasto o simplemente de tránsito o para mover la caza), para preparar la recogida de castañas (los “erizos” de la cosecha anterior son muy incómodos), para mantener libres de combustible las zonas cercanas a los pueblos e incluso para mantener el paisaje (el matorral se considera “suciedad” y el bosque “cuna de lobos”) o incluso para causar perjuicios al vecino o como protesta, aunque en poca medida en estos dos últimos casos.

Las personas que utilizan el fuego suelen ser personas de edad avanzada que mantienen viva una tradición que ellos perciben como positiva, aunque no se percibe con claridad que no exista “relevamiento generacional”. Tanto es así que la denominan “limpiar”. Para ellos el paisaje de su infancia, básicamente pastos mantenidos con pequeñas quemaduras, aunque numerosas, que se extinguían solas al caer la noche porque alcanzaban zonas cercanas sin combustible, se ha perdido. La dinámica sucesional del paisaje, actualmente en tránsito rápido hacia el bosque pasando por matorral, a partir de un territorio mayoritariamente cubierto por pastos que empezaron a perderse a partir de las grandes emigraciones a la ciudad de los años 60 y 70 del siglo pasado, es para ellos sinónimo de pobreza y suciedad.

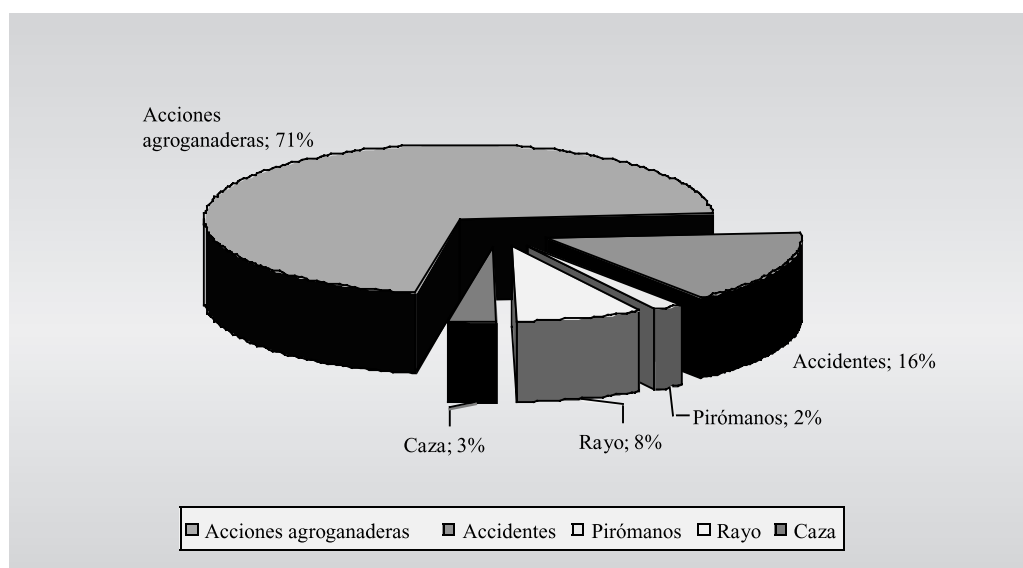


Figura 2. Causas de los incendios forestales en Castilla y León. Síntesis de la última década

Hay que entender que el bosque nunca ha sido parte de su cultura. Como ejemplo en la montaña cantábrica leonesa apenas existen bosques que merezcan tal sustantivo. La mayoría son muy jóvenes, aunque su expansión actual y su densificación es vertiginosa. Basta el ejemplo de la evolución de la superficie forestal arbolada en los últimos 35 años, desde primer inventario nacional forestal al tercero, en los que la provincia de León que ha pasado de 317.900 ha. a 526.000 ha, (aumento del 65%) y Castilla y León ha pasado de 1.885.000 ha. a 2.982.000 ha., (aumento del 58%). A pesar de este espectacular aumento, en la provincia de León todavía existe una superficie forestal desarbolada de 475.000 ha. y en la comunidad autónoma 1.800.000 ha, lo que refleja que la utilización del territorio en las primeras tres cuartas partes del siglo XX no se basaba en el aprovechamiento de los bosques sino en el pastoreo. En la montaña cantábrica y en muchos otros territorios, la utilización del arbolado sólo se ha dado en el contexto de una economía de subsistencia. Únicamente se han mantenido arbolados algunos pequeños terrenos dedicados a la obtención de leña (que en caso de escasez o inexistencia se obtenía de la raíz del brezo, después de quemar el brezal para arrancar mejor los tuérganos) y algún pequeño rodal para proporcionar madera de construcción, que a su vez servía de sesteadero estival del ganado de labor, denominado en muchos pueblos con el nombre de “cota” (acotado).

Por tanto es un comportamiento natural consecuente con la cultura rural. Actualmente este comportamiento suele describir como conflicto de usos del territorio (VÉLEZ EN BIROT, 2009), pero no es una manera realista de presentar la realidad: nadie lucha contra nadie. No existe una pelea entre los que siguen utilizando el fuego como herramienta tradicional, fácil y barata contra unos supuestos pioneros forestales que llegan para cambiar su paisaje. Lo que sucede es que los que han quemado siempre, siguen quemando y a nadie le importa demasiado porque como apenas hay conciencia del valor del bosque, nadie siente que se esté produciendo una gran pérdida. Salvo en las zonas urbanas.

Esta realidad no causa ninguna sorpresa pues ocurre lo mismo en todo el planeta. El fuego es la herramienta ancestral para conseguir terrenos

para la ganadería primero y la agricultura después en cualquier cultura y desde siempre. El cambio de uso se produjo en Europa desde el Neolítico y es actualmente muy importante en los países pobres donde ahora se está dando un intenso proceso colonizador que es el motor de la rápida desaparición contemporánea de los bosques tropicales (Brasil pierde 3,1 millones de hectáreas cada año). Es tan patente que los grupos ecologistas que de forma incomprensible han culpado a la industria de la madera y lo siguen haciendo (entrar en www.greenpeace.es), empiezan a hacer público el fondo de la cuestión (GREENPEACE, 2008).

Para la FAO es bastante evidente: cada año se queman entre 300 y 400 millones de hectáreas, la mitad de ellas en África y cuyo motivo principal es el uso tradicional agropecuario del fuego (FAO, 2005 y 2006).

A pesar de su abrumadora claridad la sociedad española sigue alimentada por los mitos tópicos causales repetidos por los medios de comunicación en los últimos 25 años: la especulación de las empresas madereras, la política forestal basada en repoblaciones con pinos, la recalificación de terrenos, el abandono de las prácticas agrarias tradicionales, la disminución de la ganadería, el abandono rural, los dominigueros y las colillas de los automovilistas. Opiniones que tienen que ver más con una percepción conspirativa de la sociedad capitalista y de la nostalgia de un pasado rural mitificado, ambas actitudes muy arraigadas en los grupos ecologistas, que con lo que en realidad sucede. Esta claro que en las zonas sin incendios se dan las mismas circunstancias, por lo que deberían tener también incendios.

¿POR QUÉ EN ALGUNAS ZONAS NO HAY INCENDIOS?

Hasta aquí, se ve claramente cual es el porqué de los incendios pero... ¿Qué ocurre donde no hay incendios? ¿Cuál es la vacuna contra la epidemia de los incendios?

En las zonas que actualmente están libres de incendios no siempre ha sido así. También en estas zonas el uso tradicional del fuego como herramienta agroganadera ha sido importante en

épocas históricas cercanas. La comarca de Urbión a caballo entre en Soria y Burgos es actualmente el ejemplo más conocido de zona sin problemas de incendios, sin embargo a finales del siglo XIX y principios del XX sufría numerosos incendios registrados en las hemerotecas y existe documentación histórica de fueron abundantes desde al menos el siglo XVI. Lo mismo ocurría en las Landas hasta mitad del XIX o en la Baja Sajonia Alemana hasta principios del XX, por ejemplo. Sabemos que esta situación permaneció hasta que los bosques pasaron a ser económicamente relevantes. En Soria a partir de la puesta en valor de los montes mediante las Ordenaciones los incendios fueron disminuyendo para desaparecer de hecho en la década de los años 60. Actualmente el empleo del fuego en estas zonas ha disminuido notablemente y el poco que queda se realiza con un alto grado de control.

Donde la gente empieza a vivir de la madera (de productos derivados del árbol) empiezan a bajar los incendios, ya que se va produciendo una presión cada vez mayor contra las personas que siguen usando el fuego, al tiempo que el bosque cobra valor: nadie quiere perder su medio de vida o su futuro. Por el contrario donde la población no tiene conexión socioeconómica con los bosques hay incendios. La conexión se establece con la madera, aunque puede ser con otros productos como la bellota en las dehesas, el corcho en los alcornocales o recientemente los hongos en los pinares, o con cualquier otro producto que dependa de la existencia del arbolado. Si el árbol no tiene valor y el fuego se utiliza como herramienta de manejo del matorral por parte de la población rural tenemos incendios abundantes.

¿QUÉ SACAMOS EN CONSECUENCIA?

De lo anterior podemos abstraer que se existen dos circunstancias que se suelen presentar juntas y que dan lugar a incendios forestales de origen humano.

- Uso tradicional del fuego como instrumento agroganadero de manejo de la vegetación, básicamente de matorrales.
- Falta de interés económico de los bosques (en concreto de los árboles, principalmente a través de la madera) para las poblaciones locales.

Estos dos factores discriminan con bastante claridad las zonas donde los incendios forestales de origen humano son frecuentes de donde no lo son, tanto en España como en el resto del globo, en el presente y en el pasado histórico.

La sociedad española está sorprendida por una cuestión para la que nadie parece hallar respuesta. ¿Cómo puede haber más de 20 mil incendios al año a pesar de las campañas de publicidad? ¿Cómo puede ser, si todo el mundo sabe lo perniciosos que son los incendios? ¿Cómo puede ocurrir esto con la gran publicidad realizada para evitarlos? ¿Cómo puede ser que los muertos de cada verano no ablanden las conciencias de los incendiarios?

Y es no es tan difícil de responder. En la cultura rural el fuego no es negativo sino todo lo contrario. Recordemos que en León quemar es “limpiar”; el fuego purificador de muchas religiones, y como cada vez hay más necesidad de “limpiar”... El número no desciende porque para el habitante rural que usa el fuego sigue existiendo necesidad de su empleo, que para él es normal. El no cree provocar los enormes incendios que aparecen en TV, ¡él no es un delincuente! Sólo actúa como siempre lo han hecho sus padres y sus abuelos.

La necesidad de controlar la vegetación se hace evidente si analizamos su estructura actual. La mayor parte de lo que en el Sistema Agrario Tradicional eran pastos, mantenidos por una fortísima carga de ganado y pequeñas quemas que se apagaban solas, son actualmente grandes extensiones continuas de matorral o arbolado joven, con fuerte carga de combustible fino. Nuestro paisaje actual, en una cultura tradicional remanente de uso del fuego para manejo de la vegetación, conlleva a la fuerza un número de incendios muy elevado.

Al mismo tiempo cuando analizamos los daños de los incendios vemos que pocos grandes incendios producen la mayoría de los daños. Esta es la otra consecuencia directa de nuestro paisaje. Con la actual estructura de vegetación un único incendio puede convertirse en catastrófico a partir de 30 Km.hora⁻¹ de viento, cosa que cada verano sucede varios días y con mayor facilidad en episodios de olas de calor. Cada vez es más complicado apagar, ya que las cargas de combustible fino son enormes y continuas.

Si unimos un gran número de incendios a la estructura de la vegetación, estamos avocados inevitablemente a soportar con frecuencia grandes incendios, parte de los cuales acabarán siendo catastróficos. Con más de 20 mil incendios anuales, cualquier operativo corre el riesgo de colapso durante algunos días de cada verano y se colapsará con seguridad bastantes días si el año presenta una meteorología crítica, a pesar de que pueda ser capaz de resolver con eficacia incendios espaciados cuando las condiciones no son desfavorables. Es decir, por mucho que mejoremos los operativos de extinción, por mucho que aumentemos sus presupuestos su tamaño y sus medios, tenemos un problema estructural sin resolver. Nuestra vegetación presenta una estructura que es una bomba en espera de una espoleta que la accione.

Nuestro paisaje actual es el centro de gravedad sobre el que giran, tanto el número de incendios como los incendios catastróficos, los dos parámetros más relevantes para la mayoría de las instituciones. La actual estructura de la vegetación tiene tanto que ver con el elevado número de incendios como con la probabilidad creciente de grandes incendios. En el fondo son dos caras de lo mismo. Una vegetación muy desfavorable provoca necesidad de su control y por lo tanto de usar el fuego y por tanto un elevado número de incendios. Por otro lado propicia incendios catastróficos en días meteorológicamente desfavorables.

El paisaje actual también dificulta fuertemente la implantación de una nueva cultura de manejo del territorio sin fuego. Vivir del bosque, es decir la cultura forestal, requiere la posibilidad de que los bosques sean socioeconómicamente viables y las condiciones actuales lo dificultan enormemente por varios motivos, más allá de las razones culturales explicadas.

- El primero son las condiciones físicas intrínsecas: árboles jóvenes, especies no comerciales, costos de extracción antieconómicos, minifundio, matorral...
- El segundo es la falta de cuidados debido a que la inversión necesaria tiene un enorme riesgo de perderse con lo que el propietario no cuida su pequeña finca arbolada. Es lo que solemos denominar abandono. Esta situación de abandono en zonas donde existe o existía cierto nivel de gestión forestal,

siendo grave, es menos complicada de abordar que la situación de inexistencia previa de implantación de actividades forestales, porque al menos la población tiene la experiencia de que la actividad (empleo) o la percepción de una renta es posible, mientras que las comarcas con mayores dificultades de futuro no existe una experiencia previa.

- El tercero son las restricciones ambientales, que en España son desmesuradas en comparación de cualquier otro país europeo. Toda esta carga hace casi imposible que los bosques lleguen a producir bienes de forma competitiva, sin una fuerte inversión externa. Paradójicamente, porque nuestros montes producen gran cantidad de bienes ambientales tienen mayores restricciones y éstas acaban retroalimentando los riesgos de destrucción. No parece que sea una política de conservación inteligente.

Este círculo vicioso se refuerza con dos tóxicos lugares comunes, mucho más asentados en la población urbana de lo que se piensa: la no intervención como garantía de la conservación en la que cualquier actividad forestal es como poco sospechosa y la idea de que los montes mediterráneos apenas pueden producir bienes comerciales, confundiendo la posibilidad de generar rentas con rentabilidad financiera.

Precisamente es lo que ocurre en las zonas donde actualmente es mayor el problema. Hemos visto que en la Península Ibérica, Portugal y Galicia son los territorios más afectados y en una escala menor, pero notable, aparecen en las estadísticas las provincias colindantes: Huelva, Badajoz, Cáceres, Salamanca, Zamora, León, Asturias y Cantabria. Estos territorios acumulan más del 90% de los incendios de la península. Es decir en la península Ibérica el problema de los incendios cobra relieve en zonas donde las condiciones de pluviosidad favorecen el crecimiento vegetativo rápido, por lo que existe una gran carga de matorral y por tanto mayor es la necesidad de su control.

Estos territorios tienen además en común características que dificultan la transición desde una cultura ganadera a una forestal, a pesar de una productividad potencial forestal elevada. La más importante es la estructura de la propiedad privada: el minifundio generalizado salvo

en las zonas de dehesas (que apenas se quemán). La pequeñísima superficie de las fincas ha conducido al abandono de su uso agrícola y presentan múltiples inconvenientes para la gestión forestal. Su tamaño no permite que la gestión forestal sea competitiva y los propietarios no ven su pequeña propiedad arbolada como base de una manera de vivir sino todo lo más como una cuenta de ahorro si hay suerte para que alcancen la mínima edad que permita su corta total a la manera agrícola. Esto hace que las estructuras de las zonas arboladas se mantengan en un estado muy desfavorable en caso de incendio. Sólo en el caso de especies más o menos rentables como el eucalipto o el pino radiata cambia la situación y existe una atención por parte del propietario, que está mejorando poco a poco la situación y que es el germen de la solución. La evolución reciente de la provincia de Lugo es un ejemplo de que el cambio a una cultura forestal puede ser posible en zonas de propiedad privada aunque, en este caso, propiciado por la posibilidad de empleo de especies de crecimiento rápido.

Sobre la citada estructura de la propiedad se superpone una ganadería extensiva, como uso tradicional preponderante, que no ha evolucionado acorde con el desarrollo socioeconómico. Muchos ganaderos no son verdaderos profesionales, no manejan el ganado sino que lo sueltan a su suerte por lo que éste no carga suficientemente en las zonas más adecuadas para pastos a las que además no les liga, en muchos casos, un derecho de uso. El terreno que utilizan no entra en su concepto de explotación, por lo que no saben en que consiste la pascicultura. Su método de renovación de pastos sigue siendo el fuego en un paisaje cargado de combustible fino colindante con las fincas arboladas.

En consecuencia de todo lo anterior, se puede afirmar que el análisis del problema de los incendios sigue siendo muy deficiente. Apenas se ha tratado la influencia de los factores estructurales subyacentes: la cultura, la necesidad de manejo del matorral, la estructura y el tamaño de la propiedad, la desorganización y no integración de la ganadería extensiva, la falta de cultura forestal, la desvalorización económica del bosque o su fáctica apropiación por la sociedad urbana.

¿QUÉ DEBERÍAMOS HACER?

La reacción general ante el problema de los incendios forestales ha sido tratar de mejorar los operativos de extinción para disminuir el daño y casi nunca tratar de bajar el número de incendios. Si se quiere disminuir el daño existe todavía margen para mejorar los operativos de extinción, como se analiza más adelante, pero por mucho que mejoremos nuestra capacidad de combate contra los incendios siempre tendremos muchos días críticos y por tanto también catástrofes, que no siempre se dan donde los incendios son numerosos. Se ha trabajado muy poco en la transformación proactiva del paisaje.

Primero. Transformar la actual estructura vegetal de nuestro paisaje

No hay elección. Cualquier enfoque pasa por manejar la vegetación hasta que la actual estructura se transforme. Es lo más directo y lo más fácil. Además puede ser efectivo en poco tiempo y ayudar notablemente a bajar el número de incendios ya que conecta bien con la base de la motivación causal: la necesidad de manejo de la vegetación y su forma tradicional.

La necesidad de acometer tratamientos selvícolas preventivos a gran escala no escapa a los estudiosos (RIGOLOT *et al.*, 2009), pero no parece haber calado mucho más allá. La sociedad no entiende que exista necesidad de realizar acciones de conservación ya que está ampliamente convencida de que la conservación es no intervenir: ¿gastos de conservación?

Los bienes no comerciales, que son percibidos por toda la sociedad, deberían ser el motivo de que la sociedad corriera con los gastos de mantenimiento que mejoraría a corto plazo la respuesta a los incendios y que a su vez permitirían la posterior producción de bienes comerciales propiciando con ello un cambio revolucionario sobre el valor de los montes que es la mejor vacuna contra los incendios. Pero esto no sucede.

No es complicado saber que tipos de intervenciones debemos hacer. Clareos, desbroces, podas... pensando en romper la continuidad interna del combustible, compartimentarlo y conseguir acelerar la transformación hacia estructuras más resistentes y resilientes. Se necesita además una red de accesos, que en muchas oca-

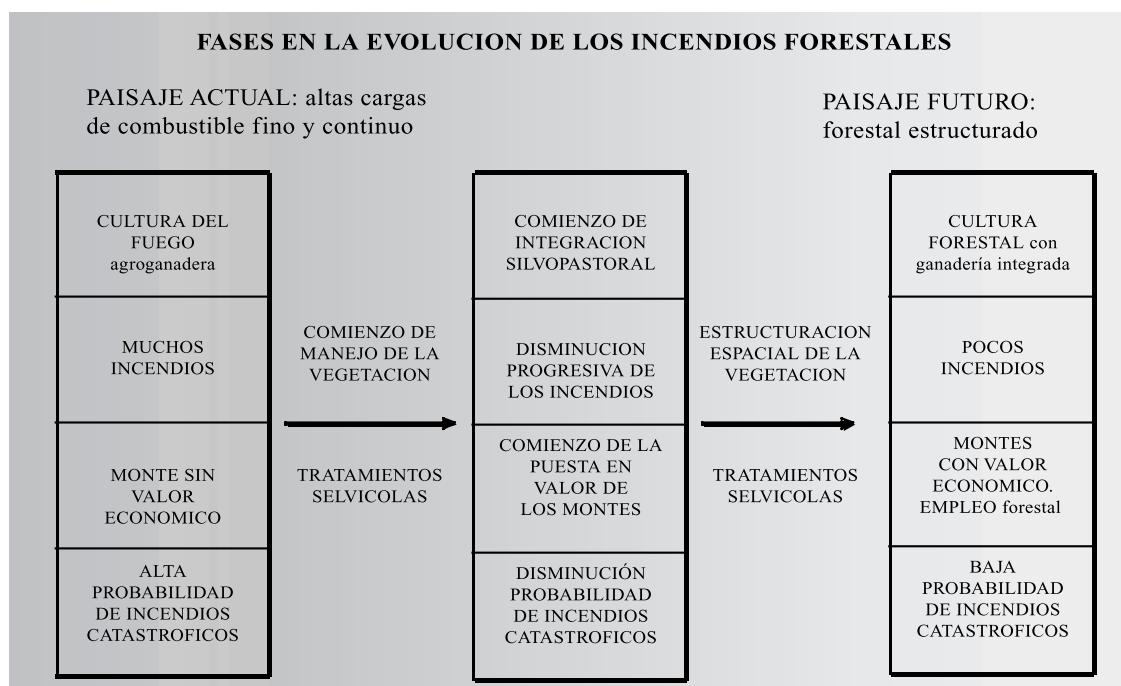


Figura 3. Predicción del efecto de un programa suficientemente intenso de modificación de la estructura vegetal del paisaje mediante tratamientos selvícolas

siones consiste en recuperar antiguos caminos. Existe un conocimiento técnico adecuado y extendido entre los profesionales.

Muchos ambientalistas de foto fija no son conscientes de que nuestro actual paisaje no ha existido nunca ni volverá a existir: es sólo un momento de un tránsito especialmente rápido. Puede que no entiendan que se requiere acelerar la transformación de una forma dirigida a una escala suficiente para controlar los enormes riesgos actuales. La incompreensión de la necesidad de una intervención a una escala que debe ser necesariamente grande, puede ser un factor de mantenimiento del problema.

Segundo. Poner en marcha un programa ambicioso de gestión forestal

La experiencia de las zonas sin problema nos demuestra que lo forestal no es el problema sino que la gestión forestal es la solución. Es previsible que el número de incendios baje según se mejore en nivel de cultura forestal que no se alcanza, ni con publicidad, ni con educación ambiental sino cuando los árboles proporcionan empleos e ingresos, al margen de las labores de extinción. Esto requiere una política de prevención con un objetivo claro: la puesta en valor.

Los tratamientos selvícolas necesarios para el manejo de la estructura pueden ser además la base para crear poco a poco la posibilidad de la puesta en valor y con ella la instalación de la cultura forestal, actualmente desconocida, que finalmente va a transformar la cultura del fuego como nos enseña el caso de Soria y otras comarcas que han evolucionado en esta dirección en las últimas décadas. La puesta en valor requiere de la movilización de los productos del bosque y en especial de la madera. Es significativo que cada año los bosques españoles produzcan 45 millones de metros cúbicos, de los que cortamos 15 a pesar de que consumimos 30. Es necesario promover el consumo de madera, especialmente de las maderas que hay en España, muy poco competitivas con las de importación. Promover el consumo de madera estructural en la construcción y de madera energética es una forma muy directa de disminuir incendios.

Para encauzar los efectos de la intervención selvícola de manera racional se requiere, además, una administración preparada para acometer la implantación de la gestión planificada desde el punto de vista de la multifuncionalidad, con una financiación y una organización muy superiores a las actuales.

Esto incluye también la puesta en marcha de mecanismos para remover circunstancias estructurales que dificultan el cambio cultural tales como el minifundismo o la desestructurada ganadería extensiva desvinculada del territorio que pasta. Mientras no lo hagamos no lograremos la relevancia social de los bosques a través de su puesta en valor y por tanto seguiremos teniendo un grave problema.

Pero todo este trabajo va a ser lento y no se consolidará hasta que el bosque sea funcionalmente eficaz para la población circundante. Dado que no podemos esperar el tiempo necesario para que se consolide, uno de los primeros programas de gestión forestal que hay que poner en marcha es trabajar con la población que usa el fuego para que utilice herramientas alternativas e incluso financiarlas (JUNTA DE CASTILLA Y LEÓN, 2006). En especial se puede trabajar con los ganaderos. En Castilla y León se está actualmente trabajando con un programa de subvención de planes de manejo silvopastoral, con cerca de 1000 ganaderos, que empieza a ofrecer resultados esperanzadores.

Cuando los ganaderos son profesionales es posible modificar sus hábitos si se trabaja con

ellos (JUNTA DE CASTILLA Y LEÓN, 2006). El Oeste de León muestra una tendencia positiva en este aspecto, a partir de la puesta en marcha de las subvenciones a planes silvopastorales que se inició en el marco del Plan 42 desde el año 2004 en las provincias occidentales. Se trata de un contrato quinquenal para cumplir un plan basado en desbroces de matorral para recuperar pasto e infraestructuras complementarias que ha sido ejecutado por cerca de 500 ganaderos, que recientemente se ha ampliado a 250 más y que aspira a totalizar cerca de 1000 explotaciones extensivas.

¿QUÉ ES LO QUE ESTAMOS HACIENDO REALMENTE?

La lucha contra los incendios forestales está volcada a favor de la extinción y apenas nada hacia la prevención. Ni siquiera se tiene una idea clara de lo que significa la prevención, ya que se incluyen en ella diversas facetas muy ligadas con la extinción como los sistemas de detección. Existe una desmesurada preocupación por los aspectos técnicos y tec-

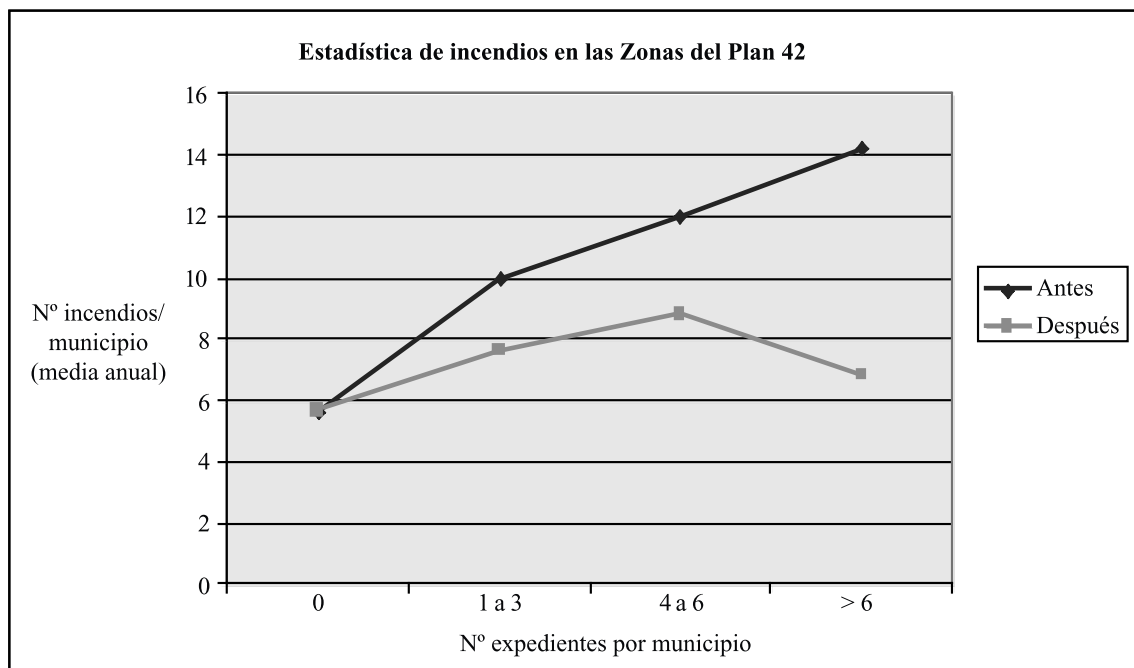


Figura 4. Efecto de los planes silvopastorales (desbroces e infraestructuras) sobre el número de incendios en los municipios del Plan 42. Cuando el número de expedientes en ejecución es mayor, mayor es el descenso del número de incendio. En número de solicitudes ha sido mayor donde la media de incendios anual era más alta, lo que refuerza lo expresado en el texto sobre la motivación principal de los incendios y las circunstancias en las que opera

nológicos y muy poca por los socioeconómicos y socioculturales.

Y lo peor: los incendios son una estrella mediática y por tanto centro de disputa política o sindical, en especial los catastróficos. No digamos si hay víctimas. Asumimos con cierta cordura 3000 muertos al año en las carreteras, pero un solo muerto en el operativo de incendios genera un estado de locura colectiva en la que participan, medios de comunicación, partidos políticos, sindicatos y judicatura tanto fiscales como jueces. Nadie entendería que por cada muerto en una carretera se procesara al Ministro de Fomento y a un par de docenas de funcionarios. En los incendios forestales se hace.

En 2006 el presupuesto español para lucha contra incendios ascendió a 721 millones de euros (ASEMFO, 2007). A partir de este documento no es posible saber cuanto se ha utilizado en realizar acciones de gestión de la vegetación porque los datos ofrecidos por las comunidades autónomas, ni son homogéneos, ni incluyen siempre todo el coste de los operativos de extinción (bomberos municipales, p.ej.), aparte de que presentan contradicciones internas que no resisten un mínimo análisis. Están pidiendo a gritos un sistema de contabilidad único y auditorías externas independientes. Pero siendo más bien optimista es difícil suponer que la inversión en tratamientos selvícolas supere el 15% del presupuesto dedicado a incendios, lo que representa alrededor de 75.000 has manejadas. Una cifra insignificante para 27 millones de hectáreas forestales. Necesitaríamos como poco multiplicar por 10.

Por otra parte muchas universidades y centros de investigación están tratando actualmente alguna faceta de los incendios pero raramente tratan aspectos sociológicos ni su relación con la gestión forestal. No se percibe una comprensión global del asunto.

La general falta de perspectiva global se manifiesta cuando se analizan las diferentes estrategias de lucha contra incendios. Demasiada extinción y poco trabajo basado en el análisis causal. Y la extinción desconectada en muchos casos de la prevención y basada en medios aéreos que son muy costosos y muy poco efectivos en las condiciones en que se dan los grandes incendios y aún más en los catastróficos.

ANÁLISIS DE LAS ESTRATEGIAS EMPLEADAS EN ESPAÑA PARA LA LUCHA CONTRA INCENDIOS FORESTALES

En general, no ha habido una reflexión estratégica previa, sino una serie de acciones de respuesta sin una cohesión conceptual clara, consecuencia de la falta de perspectiva analítica global, y dirigidas por la urgencia del corto plazo. Se trata más de suavizar los síntomas que de tratar la raíz causal del problema.

a. Tipificación conceptual de las Estrategias

Mejor que estrategias deberían ser denominadas Respuestas Tácticas cuando el grado de coherencia e interrelación conceptual es bajo y Respuestas Estratégicas cuando muestran cierta coherencia e interrelación. Sólo cuando lleguen a un alto grado de coherencia, interrelación y un camino a largo plazo deberíamos considerarlas como verdaderas Estrategias.

En consecuencia es posible distinguir dos niveles de organización de la lucha contra incendios: el nivel de simple Respuesta Táctica más o menos organizada en cada caso concreto y el nivel de Respuesta Estratégica cuando al menos existe un enfoque múltiple coherente. Este nivel se puede acercar a una verdadera Estrategia cuando el enfoque integre todas las facetas del problema y las acciones de respuesta se integren estrechamente en un plan conceptualmente coherente.

Respuestas unifocales de acción o respuestas de tipo táctico

Una buena parte de las formas de lucha contra los incendios forestales en España se debe clasificar en esta categoría porque:

No están basadas en el análisis causal y por tanto no contienen programas para modificar la base estructural que sostiene la motivación causal. Ni siquiera plantean la modificación de la vegetación en su faceta de combustible a una escala que se salga de lo meramente testimonial. Casi no se salen de la extinción.

La extinción no está integrada con la poca prevención que se hace. A veces la realizan organizaciones diferentes como en el caso de operativos de extinción cuya organización básica es tipo emergencias basada en bomberos semiurbanos. Cuando la misma organización realiza preven-

ción y extinción, es frecuente que la ejecuten grupos de personas diferentes con muy poca conexión. Es el caso de organizaciones tipo bomberos forestales que por su autoconciencia de (en teoría) organización especializada, no da valor a la prevención o la ve como una amenaza de su propia especialización, precisamente por la amplitud con la que debe entenderse la prevención.

En estos casos las formas y métodos de combate están basados casi exclusivamente en el agua y medios aéreos.

Respuestas multifocales o respuestas de tipo estratégico

Construidas sobre el análisis causal y por tanto incluyen el trabajo para desactivar la base que sustenta las motivaciones causales.

Caracterizadas por un enfoque integrado: extinción, manejo de combustible, gestión planificada de territorio, prevención activa para la modificación de conducta de la población de riesgo y puesta en valor de los recursos. El operativo de extinción hace prevención y apoya a la gestión. La gestión forestal interioriza el problema de los incendios y se enfoca a solucionar el problema (plan silvopastoral de desbroces...).

Organización tipo forestal basada en trabajadores forestales. En teoría no especializada, lo que no quiere decir que tengan menos preparación que los bomberos forestales o urbanos en las facetas de extinción.

En extinción utiliza formas y métodos de combate basados, además de agua y medios aéreos, en ataques directos de los trabajadores y maquinaria forestales junto con el uso frecuente del fuego en ataque indirecto.

b. Aspectos críticos y ventajas de las Respuestas Tácticas y Estratégicas

1. Las respuestas unifocales, de carácter táctico, presentan pocas ventajas y tienen muchos inconvenientes.

Su mayor ventaja es la efectividad para incendios no demasiado abundantes, en condiciones poco críticas. El ataque rápido de varios medios aéreos combinados es la forma más clara de actuación. Consiguen que un elevado número de incendios no superen el tamaño de conato.

Los inconvenientes son numerosos: Vinculación estrecha de los trabajadores con el fuego. No se gestiona el medio y por lo tanto no

se disminuye el riesgo físico y no se cambia la cultura del fuego. Muy caras, por lo que absorben presupuestos que se podrían dedicar a prevención. Alta dependencia de los medios aéreos.

Las estrategias unifocales son un síntoma de la falta general de cultura forestal en España. Como no están conectadas con la solución, acaban enquistando el problema. Cuanto más incendios, más gastos en extinción, sobre todo en medios aéreos, restando posibilidades a la prevención. Es impresionante el aumento de medios aéreos en sólo una década. Ninguna organización ha sido inmune a la presión ambiente que empuja en esta dirección.

2. Las respuestas de tipo estratégico (multifocales) también presentan puntos críticos pero ofrecen innumerables ventajas.

Como aspectos críticos están el mantenimiento del tipo de trabajadores: los sindicatos no han entendido bien que su preparación (capacidad de moverse en el monte, preparación física o conocimientos sobre el fuego) no tiene nada que ver con la mitificada profesionalización (bomberos), por lo que siempre tienden a demandar que no hagan prevención o a funcionarizarlos, anulando de este modo la formación de un tejido empresarial como futuro vector de desarrollo forestal. La calidad (calificación) de estos trabajadores depende de su continuidad, por tanto está condicionada a los usualmente pequeños presupuestos en prevención. El necesario aumento de la dotación para manejo de la vegetación mejoraría notablemente la situación.

Para llevar a cabo una estrategia a la altura del desafío que el problema plantea se requiere capacidad; es decir, administración de suficiente entidad en recursos humanos e inversiones, sobre todo para el manejo de la vegetación pero también en infraestructuras y en gestión. Si no se sobrepasa un tamaño mínimo no se avanza en gestión del territorio. Esto raramente se da.

A pesar de los problemas reúnen importantes ventajas:

- La primera es que trabajan en el camino adecuado hacia la solución, como hemos visto, y la acumulación progresiva de gestión acabará dando frutos.
- Otra ventaja fundamental es el aumento de calidad del operativo de extinción que su personal está motivado y adaptado, junto

con el empleo de mejores técnicas de combate que son eficaces en grandes incendios.

Tanto los técnicos como los agentes como los trabajadores van a permanecer en su territorio después del incendio. No sólo se van a preocupar de incluir la variable “riesgo de incendio” en su trabajo diario de todo el año, sino que están motivados pues se les quema el monte que plantaron hace diez años o el robledal que pensaban aprovechar dentro de tres. Tienen un buen conocimiento de detalle del terreno. No sólo intelectual (mapas...) sino físico (camino, zonificación y estado de la vegetación...) y social. Saber moverse sobre el terreno es clave, especialmente en grandes incendios y por la noche. Estar acostumbrado diariamente no es lo mismo que estar en buena forma física, además de que el entrenamiento físico para esfuerzos aerobios (que es el 95% del trabajo físico en extinción) de un trabajador forestal, es muy adecuado.

La eficacia en grandes incendios es su mayor fuerza debido al tipo de medios y al tipo de métodos de combate. En grandes incendios los medios monovalentes o no pueden actuar o tiene un papel secundario trabajando en flancos ya que

las fuertes columnas de convección no les permiten acercarse a la cabeza. Con viento, que es el factor principal en la mayoría de los grandes incendios, los medios aéreos o no pueden volar o apenas son efectivos (sobre todo en el ataque a la cabeza del fuego). De noche tampoco vuelan.

En grandes incendios el papel más relevante lo tienen los medios polivalentes: Técnicos, agentes, personal de tierra y maquinaria forestal. La participación de estos medios ha derivado en el empleo de técnicas de extinción muy eficaces, como los contrafuegos y el ataque directo con tractor de cadenas. En grandes incendios, casi las únicas eficaces. Además rematan bien los incendios: una mala liquidación es otro de los factores importantes de un gran incendio.

El momento clave para apagar un gran incendio es la noche. Baja la temperatura que hace que la humedad relativa aumente. La velocidad del viento se reduce también respecto a la diurna ya que los vientos convectivos fuertes suelen disminuir notablemente al bajar la temperatura y los orográficos se producen en contra pendiente, por lo que la velocidad de avance de la cabeza del fuego se frena y la radiación disminuye notable-



Imagen 1. Los medios aéreos encuentran muchas dificultades para trabajar cuando las columnas de convección son intensas, cosa que siempre sucede en la cabeza de un gran incendio. El viento que también es frecuente en ellos impide una alta eficacia. Tampoco vuelan de noche. Sin embargo son muy eficaces para un primer ataque contundente si no se dan estos factores (foto: Jesús Valero)

mente. En estas circunstancias ni los medios aéreos actúan, ni los bomberos se mueven fuera de las pistas (si las hay). La utilización de tractores de cadenas y contrafuegos con el apoyo de personal capaz de moverse en el monte, son las técnicas nocturnas adecuadas. De noche, la costumbre de moverse en el monte es importante.

La realidad española es que las organizaciones de extinción no integradas no utilizan estas técnicas de forma cotidiana, salvo casos extremos. Utilizan masivamente camiones y medios aéreos.

- El reducido coste es otra ventaja. La filosofía de integración permite además el mantenimiento de un operativo de extinción grande con un gasto exclusivo de extinción contenido, minimizando además su dependencia de la ocurrencia de los incendios ya que si los incendios desaparecen el empleo no peligrará, pues éste se basa en la silvicultura necesaria aunque no haya incendios.

UNA PROPUESTA PARA HOY

Vista la preponderancia de respuestas unificadas de tipo táctico para tratar de resolver el grave problema de los incendios forestales, se necesita definir una “Estrategia Nacional contra

los Incendios Forestales” basada en una reflexión desde una perspectiva analítica global que hasta ahora no ha existido. Se trata de ir a la raíz causal del problema, más que de suavizar los síntomas.

La Estrategia debe consistir en unas pocas ideas clave que cada comunidad autónoma debe desarrollar e implantar posteriormente y un marco a largo plazo, que no debe cambiarse por las urgencias del momento como un accidente con muertes o incendio catastrófico. Para ello debe haber un pacto político sobre estas ideas clave, que permita una base de tranquilidad social que haga factible el desarrollo de la estrategia.

Las ideas sobre las que cimentar una estrategia deben ser el resultado sintético de un análisis de cada una de las facetas del problema.

1. Si la motivación causal esencial es la necesidad de control de la vegetación y en concreto del matorral, seguiremos teniendo un gran número de incendios mientras la población que usa el fuego quiera controlar la vegetación. Por lo que hay que **rebajar la necesidad de control y cambiar el método para hacerlo**.
2. Para rebajar la necesidad de control es urgente el **manejo a gran escala de la vegetación**. Además es imprescindible hacerlo para cambiar sus actuales estructuras que son potencia-



Imagen 2. Los bulldozer que realizan trabajos forestales son muy adecuados para trabajar en las situaciones donde los medios aéreos no pueden llegar y realizan operaciones imprescindibles como la liquidación (foto: Miguel Ángel Holguín)

- les grandes incendios a la espera de concretarse. Si las cargas de matorral y su distribución persisten (y persistirán al menos 5 décadas) de la manera actual a todo lo largo de España, seguirá habiendo deseo, por motivos culturales o por necesidad, de controlar el matorral. Además con la evolución actual de la estructura de la vegetación, los incendios catastróficos son cada vez más probables. **Sin un gran programa de manejo de la estructura de la vegetación no disminuirémos ni el número de incendios ni influiremos sobre el riesgo de incendios catastróficos.**
3. Si la motivación causal esencial es la necesidad de control de la vegetación y en concreto del matorral, no resolveremos nada si no trabajamos para que la población que utiliza el fuego **cambie el método de control mediante otras técnicas alternativas.** Por tanto, se requiere un **programa de trabajo con las poblaciones de usuarios del fuego, especialmente los ganaderos** para que utilicen nuevas técnicas y se vaya trasformando su cultura de matorral y fuego en una cultura forestal.
 4. La evolución de las comarcas que actualmente han superado su pasado problema de incendios nos enseña que la puesta en valor y la consiguiente cultura forestal asociada, conlleva la desaparición progresiva de los incendios. Cuando la cultura forestal; es decir: el conocimiento de que se puede fundamentar una economía en el bosque, es elevada no se utiliza el fuego. Por tanto **una gestión forestal enfocada a la puesta en valor es el fundamento más sólido de la solución.** Un programa de manejo a gran escala de la vegetación permite acortar los plazos de la puesta en valor.
 5. Actualmente gastamos una enorme cantidad de recursos en extinción de incendios. No se puede manejar las estructuras de vegetación sin recursos. La **integración entre la prevención y la extinción**, aportaría una mayor cantidad de recursos para el manejo del combustible.
 6. **Los operativos basados en la integración están mejor preparados para enfrentarse a los grandes incendios**, ya que trabajan de noche y en otras situaciones en que los medios aéreos o los vehículos autobomba no pueden o son ineficaces.
 7. **El incremento de medios aéreos es irracional.** Además de que son muy caros, son poco eficaces en los incendios grandes y todavía menos en los catastróficos. Este incremento está destruyendo de forma cancerosa la capacidad de establecer programas de prevención. Por tanto, **no estamos adaptándonos al previsible aumento de los incendios catastróficos sino incrementando el riesgo.**
 8. Ya somos un país forestal aunque sin estructuras e inmaduro. Crear una cultura forestal lleva tiempo pues sólo se logra cuando existen aprovechamientos suficientes para crear un tejido socioeconómico alrededor del bosque. **Crear una cultura forestal requiere crear estructuras forestales**, tanto sociales como económicas. No basta con cuatro técnicos en la administración, tres ideas líricas sobre la naturaleza y un político entre acojonado y en busca de brillantes y tecnológicas recetas.
 9. **Reorganizar la propiedad forestal y el concepto de explotación ganadera**, son claves para crear una cultura sin fuego. La creación de un tejido socioeconómico entorno al bosque no es posible en zonas de minifundio en donde se entrecruzan diferentes usos del territorio. La asignatura pendiente de la ganadería extensiva es incluir el terreno de pasto (y por tanto su delimitación, derechos de uso, cuidado y mejora) en su concepto de explotación. Sin la **reorganización del territorio** que plantea la solución a estos dos problemas, no eliminaremos dos de las **tres bases estructurales más importantes de la cultura del fuego**; la otra es la necesidad de manejo del matorral. La herencia territorial del ya desaparecido Sistema Agrario Tradicional lastra de forma crucial la solución del problema de los incendios forestales.
 10. Como parte fundamental de la Estrategia Nacional de Lucha contra los Incendios Forestales, se necesita un **Plan de Acción de escala nacional dotado de 1000 M€/año**, que es la mitad del valor de mercado de la captura de CO₂ que realizan los bosques y que por tanto **la sociedad debe a sus propietarios**, repartido básicamente por superficie forestal, que permita llevar a cabo las acciones derivadas de las Claves propuestas

para la estrategia y que distribuya equitativamente cargas y recursos.

CONCLUSIONES

Las causas siguen sin estar bien analizadas a pesar de que son patentes y no han servido para cimentar las estrategias de lucha sino meras respuestas tácticas de cortas miras. Tenemos un problema de profundas raíces culturales que sólo mejorará conforme se expanda la cultura forestal.

Este problema tiene una escala mundial y atemporal. No somos conscientes y no tenemos la perspectiva de que el asunto es el mismo en todo el planeta y lo ha sido siempre.

Nuestro paisaje forestal se encuentra en una fase de evolución que de cara a la respuesta al fuego es especialmente peligrosa: grandes cargas continuas de combustible fino. Al mismo tiempo la necesidad de manejo del matorral es creciente y en nuestra cultura rural se hace con fuego. Por tanto es esperable que sin una acción decidida y estable el número de incendios se incremente.

Durante al menos las próximas 5 décadas la probabilidad de incendios catastróficos va a ser crítica y creciente.

Los programas de lucha contra incendios no tienen una concepción estratégica fundamentada en la raíz causal del problema sino una concepción táctica construida con urgencia después de cada catástrofe, por lo que se basan casi exclusivamente en grandes inversiones en operativos de extinción. La parte preventiva es testimonial y apenas tiene coherencia conceptual. Paradójicamente, a pesar de su enorme costo y su carga tecnológica, nuestros operativos están poco capacitados para responder a los grandes incendios por el tipo de formas de combate que emplean y por el tipo de personal, lo que incrementa el riesgo de que se conviertan en catastróficos. Esta paradoja es consecuencia directa de su desvinculación con la prevención. La integración entre prevención y extinción, permitiría una mejora notable en la capacidad de manejo preventivo del combustible y en la capacidad de los operativos frente a los grandes incendios.

Se requiere con Urgencia una Estrategia Nacional de Lucha contra los Incendios Forestales que sea estable en el tiempo y tenga consenso político.

Esta Estrategia debe tener como objetivos: remover las situaciones estructurales tanto culturales como económicas que sostienen el problema causado por el uso rural del fuego, al tiempo que en paralelo se controla y se transforma la peligrosa estructura de la vegetación actual. La relevancia social de los bosques para la población rural es la mejor vacuna contra los incendios y sólo se consigue mediante bosques económica y socialmente viables, como nos enseña la evolución de las comarcas actualmente libres del problema. Por lo tanto, la solución al problema de los incendios pasa por implantar solidamente la gestión forestal y por la creación de estructuras forestales. La no actuación agravará, sin duda, el problema.

Los fondos para ejecutar la Estrategia Nacional, 1.000 M€/año, no representan más que la mitad del valor de mercado de la captura de CO₂ que realizan los bosques y que la sociedad debe a sus propietarios. Pagar los gastos de conservación no sólo supone un acto de justicia sino acabar con los incendios a un plazo relativamente corto.

La Sociedad Española de Ciencias Forestales puede jugar un papel muy importante para promover la adopción de la Estrategia Nacional. Para ello sería muy bueno que planteara un programa de trabajo dedicado a lograrlo cuyo primer punto es asumir una posición conceptual clara.

Agradecimientos

A la Sociedad Española de Ciencias Forestales que ha confiado en la futura utilidad de mis propuestas. Al Gobierno de la Comunidad de Castilla y León que ha puesto en marcha algunas de las ideas expuestas a pesar del riesgo político de nadar contracorriente y del riesgo de adentrarse por caminos inexplorados como el Plan 42.

BIBLIOGRAFÍA

- ADENA; 1989. *El libro Rojo de los Bosques españoles*. Adena. Madrid.
- ASEMFO; 2007. *Incendios forestales. Recursos de las Administraciones Públicas para su prevención y extinción. Año 2006*. Asemfo. Madrid.

- RIGOLOT, E.; FERNANDES, P. & REGO, F.; 2009. Managing Wildfire Risk: Prevention, Supresión. In: Y. Birot (ed.) *Living with Wildfires: What Science can tell us. 15 EFI Discusión Paper*. 49-52. European Forest Institute. Joensuu.
- BIROT, Y. (ed); 2009. *Living with Wildfires: Wath Science Can Tell Us. 15 EFI Discusión Paper*. European Forest Institute. Joensuu.
- FAO; 2005. *Situación de los bosques del Mundo en 2005*. Fao. Roma.
- FAO; 2006. *Forest Fires Global Assessment 2006*. Fao. Roma
- GREENPEACE; 2008. *Impacto de la ganadería en la Amazonia. Mato Grosso: estado de destrucción*. www.greenpeace.es.
- JUNTA DE CASTILLA Y LEÓN; 2006. *Plan 42. Un programa integral para la prevención de incendios forestales*. Valladolid.
- MIMAM; 2006. *Los incendios forestales en España. Decenio 1996-2005*. Miman. Madrid.
- VÉLEZ, R.; 2009. The causing factors. A focus on economics and social driving factors. In: Y. Birot (ed.). *Living with Wildfires: What Science can tell us. 15 EFI Discusión Paper*: 21-26. European Forest Institute. Joensuu.